

# Cosas de amantes

ANTONIO PEREIRA

Hace algún tiempo, sólo unos pocos años, dos sesudos varones consideraban ciertos manuscritos de libros de cuentos sobre los que deberían establecer una opinión. El juicio habría que contrastarlo' con otros deliberantes, pero estos dos que digo- ningún secreto: Antonio Gamoneda y el Antonio que firmará este prólogo- adelantaron casi al unísono un gesto de sorpresa, una mirada de entendimiento y connivencia:

«Una pareja se abraza en el autobús. Son muy hermosos y ella tiene uno de esos rostros blancos y misteriosos de las *madonnas* italianas. Se les ve hondamente enamorados, absortos el uno en el otro. De pronto, ella se retira hacia atrás y acaricia, por encima del pantalón, el sexo de su compañero. Es un gesto desprovisto de obscenidad, que ejecuta con inequívoca dulzura. De hecho no descompone la escena. Ambos continúan abrazados, pendientes sólo de su amor, y la expresión de la chica al ejecutar la atrevida caricia no es diferente a la que ilumina su rostro cuando poco después se pone de puntillas para rozar castamente con los labios la mejilla de su compañero»,

Esta chica, esquemáticamente configurada de sexo y pureza, podría ser la misma que un día se llamará Marta en más amplia ficción, hija de notario, una señorita de Valladolid. Pero no adelantemos los eventos. En aquel entonces, estábamos con un libro de cuentos preferentemente breves, próximos a lo poemático; poco o nada que ver con la mayor parte originales del montón concurrente, dóciles casi siempre a las convenciones del género. El resultó ser y llamarse Gustavo Martín Garzo, un nombre que no resonaba, apenas si sonaba, y *El amigo de las mujeres* -una apuesta segura- marchó a la imprenta con las bendiciones del premio. Ahora, además de su obra extensa, conocemos al propio Gustavo. Seguro que el Nacional de Narrativa o el Nadal o el Miguel Delibes no han alterado su modestia, su recuerdo de aquel primer paso, paso honroso leonés.

Esta presentación de su novela en la colección *Las 100 mejores...* no la hace un profesor o crítico. Será la escasa y hartamente subjetiva visión de un lector atento, de un espíritu compañero (sobre todo, en lo que Martín Garzo tiene -mucho- de sensible a la concisión y la intensidad). Sin seguir método ni aun el mero orden cronológico, recordemos *Ña y Bel* o *La princesa manca*, como salvoconductos hacia la emoción de lo maravilloso; el niño mujeres al fondo de Marea oculta; la arriesgada sonda sobre

María y José en *El lenguaje de las fuentes*. Y más títulos, y *El valle de las gigantas*. Con una inequívoca doble nota de distinción: el gusto por contar; el ejercicio del buen lenguaje sin llegar a la opresión del corsé.

Aquí están estas virtudes, sí señor, señoras y señores, en *Las historias de Marta y Fernando*. Conviene aclarar la amplitud del título. Alude, ciertamente, a la propia historia de una mujer se llama Marta, a la que Fernando, y a la crónica de la relación que mantienen ambos como pareja. Pero es también- en una gran parte de la obra- la historia de las historias que incansablemente se cuentan los enamorados; fábulas mínimas, nunca gratuitas en la economía general de la novela que en su trama de amenidad transparentas ideas, a veces ideologías.

Fernando es un interesante espécimen de hombre joven de nuestro entorno, con su profesión de rutina mal asumida, la pasión de la música practicada y sentida, inevitable según parece descenso de la utopía a algunos tristes desengaños. El personaje está vivo. Lo conocemos del compañerismo en el trabajo, del desayuno en la cafetería, de la conferencia o el cine fórum que pueblan nuestros hábitos (o recuerdos no demasiado lejanos). Es un logro El autor lo realza, y a este encumbramiento no es ajeno el diseño poético que raramente abandona las creaciones del novelista vallisoletano, y que aquí se realiza mediante la casi fusión de personaje y violonchelo. Es hermosa y definitiva la página en que se produce el primer encuentro de los. Dos elementos: «una muchacha estaba tocando aquel instrumento insospechado, cuyo sonido le recordó la respiración de los bueyes, y el dolor de los hombres en el trabajo. Quedó ganado por esa belleza melancólica. También por su fatalidad, nadie parecía necesitarlo. ( ... ) Como si sólo por benevolencia se le dejara estar en las orquestas. Luego, y siguiendo esa misma lógica, se había hecho comunista».

Sin Fernando no habría novela. Y sin embargo, Marta, Marta, esta chica.

Marta es la gran figura. Tengo la sensación -extremadamente personal- de que a todos los aparta. Supongo que la crítica más reflexiva se habrá ocupado de esta mujer de nuestro tiempo, y que su fuerza irradiante habrá pesado en el jurado que premió la novela con el Nadal 1999. La verosimilitud de Marta y de su conducta es indudable. La ciudad de provincias en que vive, la circunstancia social y la procedencia familiar, el apartamiento de normas morales postergadas por su generación, pero sin que ella llegue a separarse nunca de un fondo de pureza esencial. Es cleptómana, y se arrepiente, y recae. Traiciona a su amante, pero no lo engaña. Hace el amor sin inhibiciones, pero se queda mucho más que en el desenfreno de sus fantasías eróticas. Una muchacha, en fin, complicada y difícil, querenciosa y voluble, que por el arte de la gran literatura termina metiéndose en nuestras vidas